

El Rumor de la Noche

Carlos Manuel Blanco

Image not found.

Capítulo 1

Por tanto, si tu mano o tú pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que tener dos manos o dos pies echados en el fuego eterno.

San Mateo 18:8

No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré. Dice el Señor.

Romanos 12:19

Capítulo 2

El Hachero

Cuenta una leyenda andina que hubo una vez un hombre tozudo y agrio que siempre acostumbraba a cortar leña para el hogar, siempre que hacía frío por las noches nunca faltaba la madera para la fogata. Pero una noche, de jueves Santo, su madre le advirtió que no saliese a cortar leña, que esa era la noche en la que Cristo había resucitado y que podía ser castigado si talaba esa noche.

El hombre hizo oídos sordos a su madre y se adentró en el bosque, hacha en mano, hasta que finalmente encontró un árbol grueso cuyo tronco sería bien bueno para la chimenea. El hombre dio un solo hachazo al árbol, pero de pronto se dobló de dolor en el suelo, mientras una voz comenzaba a recriminarlo por su insolencia y su desobediencia, por quitar una vida en la noche en la que ésta tendría que resurgir.

El hombre se levantó del suelo, con la voz aún atormentándolo en su cabeza, convertido en un terrible monstruo. Hizo el camino de regreso hasta su casa, aún hacha en mano, y tras llegar allí cruzó el umbral. Su madre lo vio y pegó un grito de horror, antes de que el monstruo la destajara con el hacha.

Desde entonces se cuenta que El Hachero vaga por los bosques de Táchira y Mérida, destajando a todo aquel incauto que se encuentre vagando sólo por allí.

Capítulo 3

Prólogo

1960. Santo Valle, Mérida.

El joven Toño Mejía salió temprano de su casa para cortar leña, en el bosque que lindaba por detrás de su casa. No era una costumbre rara en él, lo había hecho innumerables veces antes, aunque ésta era una de las pocas veces que tendría que hacerlo sólo. El padre de Toño, Don Ernesto Mejía, quién solía acompañarle en sus salidas al bosque para buscar leña, se veía ahora impedido de tal tarea por culpa de una lesión en la espalda.

Don Ernesto afirmaba que había sido un tonto accidente recogiendo la cosecha, las malas lenguas hablaban en cambio de una pelea de bar (las mismas malas lenguas decían que el señor era un ermitaño que sólo bajaba al pueblo más cercano – Valle Abajo – para ir al bar a emborracharse). Fuese cual fuese la verdad del hecho, lo cierto es que el resultado no variaba. Don Ernesto tenía terminantemente prohibido llevar a cabo ninguna clase de esfuerzo físico que no fuera estrictamente necesario, por ejemplo: el de incorporarse en la cama, comer y volverse a recostar.

Por lo que alguien más tendría que ocuparse de las tareas domésticas, y ante la ausencia de una señora Mejía (ya que hace tiempo murió por el paludismo), lo poco que le quedaba a Don Ernesto era su hijo Antonio, que en ese momento contaba los dieciséis años. Básicamente debía ser este muchacho el que tenía que cocinar la comida a su padre, quién surtiera la madera para la chimenea, quién tenía que mantener la casa limpia y quién debía de recoger la cosecha.

Los amigos de Toño Mejía estaban seguros de que la convivencia con el padre no era nada fácil. Aunque no podían decir con exactitud por qué, pero sentían que había una hostilidad entre Don Ernesto y su hijo que hacían incómodas las visitas a la casa que compartían los dos. De allí las malas lenguas sacaban material para sus viperinos y ponzoñosos rumores, los cuáles ya comenzaban a extenderse por Valle Abajo como una peste.

El caso es que Toño Mejía, siguiendo con su tan sagrado como obligatorio deber, salió de su casa para recoger leña para la fogata. Había salido un poco más tarde de lo habitual y el cielo en ese momento se encontraba tapado por completo por las nubes, pero sin embargo confiaba en poder regresar a su casa antes del anochecer. Iba sólo con una camisa gris y sucia, unos pantalones de cáñamo con tirantes, unas alpargatas y un sombrero de paja. Tras la casa de los Mejía había un sendero prefijado, el cual era el que los varones recorrían para adentrarse en el bosque. Toño Mejía siguió por ese sendero y lo recorrió, adentrándose en la masa de

árboles que lindaba su casa.

El camino no era fácil, estaba repleto de terraplenes y de desfiladeros cuyos bordes eran peligrosamente resbaladizos, al más pequeño paso en falso podías acabar cayendo diez metros hacia abajo, si corrías con suerte podrían buscarte (o buscar tu cadáver ya que estamos) y con mayor suerte podrían encontrarte varias semanas después. Pero Toño Mejía ya había hecho ese recorrido varias veces y estaba seguro de que esa experiencia lo salvaría de todo infortunio.

Así fue durante los primeros cinco kilómetros, hasta que de pronto los truenos sonaron sobre su cabeza, haciéndole dar un respingo mientras miraba hacia el cielo. De la nada, unas pesadas gotas de lluvia comenzaron a caer y a golpear su sombrero de paja. Las gotas dejaron de ser unas cuantas para volverse cientos, y esas cientos pasaron a ser miles, las cuáles empaparon la tierra y a un preocupado Toño Mejía, quién no sabía qué hacer ahora que le caía encima un aguacero.

No podía seguir, ya sería una locura y una estupidez, tal vez tendría que echarle mano a alguna reserva de leña que aún le quedara (si es que aún estaba seca) para que la casa no se helara. Pero también el camino de vuelta iba a estar complicado, la lluvia haría mucho más resbaladizo el paso por los desfiladeros, sería como caminar sobre una concha de jabón. Pero, entre seguir el camino y despeñarse, o volver a casa a riesgo de despeñarse también... tal vez la opción era mínimamente más lógica desde su manera de ver.

Así que Toño comenzó a recorrer el camino de vuelta hacia su casa, con un enorme cuidado al caminar y sin la confianza con la que había venido. Tenía mucho miedo de resbalarse y caer los mortales diez metros que le esperaban allí abajo. La lluvia arreció sobre su cabeza, lanzando un bramido ensordecedor que se escuchaba sobre todo sobre las copas de los árboles. Los nervios del muchacho, ya de por sí excitados, ahora estaban al límite. Quería volver a casa pronto, pero al mismo tiempo quería ir con cuidado, eran dos pensamientos opuestos que se debatían entre sí y que luchaban para determinar cuál de los dos tenía la razón. Tal vez había sido por eso que terminó pasando lo que pasó.

Un resbalón. El miedo del muchacho se disparó cuando sintió cómo la suela de su alpargata se deslizó sobre el suelo embarrado, para terminar encontrándose con el vacío mientras arrastraba el resto del cuerpo ladera abajo. El muchacho lanzó un profundo alarido de terror mientras caía, convencido de que allí terminaba todo, que iba a caer diez metros hacia abajo y se iba a morir.

Pero no murió, ya que no cayó diez metros. A dos metros y medio el cuerpo del muchacho se deslizó y rodó por la ladera como una piedra desbarrancada, antes de finalmente detenerse a tres metros de caída,

sobre otro desfiladero. El muchacho cayó sobre un charco viscoso, debía de ser el barro que se había acumulado allí, y se quedó allí un momento. Estaba adolorido y conmocionado, de manera comprensible, pero seguía vivo.

Una vez que miró hacia arriba y luego hacia donde había caído comenzó a reírse. Tras el susto de muerte se estaba ahora riendo a carcajadas, casi estaba seguro de que ese día él estaría muerto. Se levantó como pudo del suelo, le dolía mucho las piernas, el costado y la espalda, pero al menos podía levantarse y, como pudo comprobar, sostenerse sobre sus pies. La buena suerte de nuevo le sonreía, el desfiladero donde había caído era fácil de escalar y estaba a unos escasos tres metros debajo del sendero de donde había caído. Sólo subía con cuidado y podría llegar hasta allí sin mayores complicaciones.

Pero esta suerte fortuita no logró traerle sosiego al muchacho, no porque no la agradeciera, sino porque había descubierto algo. Algo en ese desfiladero hizo que se obligara a revisarse las ropas, lo que hizo que se confirmara la terrible verdad de la que ahora estaba siendo testigo. Entre las hojas pudo divisar algo, algo que al principio no distinguió, pero que después pudo darse cuenta de que eran unos dedos, ocultos bajo unas hojas.

Se aproximó con cuidado y quitó unas cuantas para ver mejor. Lo que había debajo tardó de nuevo en darse cuenta de qué era. Fue entonces que se revisó la camisa y los pantalones, ahora manchados de lo que en un principio creyó que era barro. Luego se miró las alpargatas y el suelo sobre el que se sostenía en pie. Fue entonces cuando comenzó a subir a prisa por el desfiladero para volver al sendero, con el corazón en un puño.

El charco no era de barro, sino de sangre; los dedos pertenecían a una mano que estaba a medio cercenar y bajo las hojas se ocultaba un cadáver.

El muchacho volvió al sendero tras hacer grandes esfuerzos por salir de aquel sitio, como si el desfiladero fuera una trampa mortal o como si el cadáver fuera a levantarse para matarlo en ese mismo lugar. Tras volver al camino empezó a correr, buscando su casa. Ya había anochecido, por lo que era difícil encontrar un camino en medio de la noche, además que el camino era aún más complicado por culpa de la lluvia. Los constantes resbalones y caídas que sufría Toño Mejía no hacían más que desorientarlo aún más.

Pero eso poco le importaba, estaba demasiado aterrado como para pensar de manera clara. Sólo pensaba que necesitaba avisarle a alguien de lo que había ocurrido, aunque no sabía con exactitud a quién. A su padre, a algún amigo, a algún viajero, a algún parroquiano... estaría dispuesto a

decírselo a todo aquel que pudiera escucharle, pero lo primero definitivamente era ponerse seguro, ponerse a buen recaudo, estar lejos de aquel cadáver.

Y así, perdido en medio del bosque, se alejó de su casa. Al final sus pasos lo llevaron hasta divisar las luces de un caserón. Un viejo caserón, cuya existencia se remontaba a la época colonial y que había sido tan habitado como reformado de forma repetida a lo largo de las décadas. Toño Mejía sabía quién vivía en aquel lugar, y sabía que si tenía las luces encendidas era porque estaba despierto en casa.

Sin más trastabilló en el barro, corrió hacia el camino de piedra que lindaba la propiedad y comenzó a correr hasta la entrada. Llegó hasta el enorme portón de madera que resguardaba el interior y comenzó a aporrear la puerta con la diestra, repetidas veces para llamar la atención del propietario. Y es que allí, dentro de ese caserón, el hombre que habitaba dentro no era otro sino Don Lorenzo Vargas. Un hombre conocido por cada persona en todo el municipio de Santo Valle, al que varios admiran y muchos respetan, al que no pocos le temen y varios otros lo odian. Un hombre viudo y serio, con fama de huraño, pero al que se le suele tener confianza.

Toño Mejía estaba golpeando la puerta de la casa de Don Lorenzo Vargas: El Comisario de la Policía de Santo Valle.

La puerta de mi casa, pues yo soy Don Lorenzo Vargas.